

Desarrollo de la revolución española

L. Fersen

Diciembre de 1931

(Tomado de *Revista COMUNISMO (1931-1934). La herencia teórica del marxismo español*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1978, páginas 203-209; publicado en *Comunismo*, número 7, diciembre de 1931)

“Las clases conservadoras de España [decía recientemente el señor Alcalá Zamora] no saben ser conservadoras; son simplemente reaccionarias.” Y es verdad: Como la de todos los países atrasados, la burguesía española vive ligada a las castas más reaccionarias del país. Esa torpeza política, ese miedo que la lleva a abrazarse al primer sable o a los arrogantes bigotes del señor Lerroux como el náufrago a una tabla, es en nuestra burguesía un mal irremediable. Son inútiles los llamamientos que haga el señor Alcalá Zamora para sacarla de su estado actual. El mal tiene raíz profunda. La burguesía española ha de desaparecer como clase sin haber cambiado de cualidades. La estructura de nuestra economía y, por consiguiente, el papel que juega España en la economía mundial, fijan bien el círculo de fatalidades en que tiene que moverse nuestra burguesía. Las contradicciones de la economía española son insolubles para la burguesía y lógicamente tienden a acentuarse. Basta ver que, en ocho meses de República, y a pesar de los propósitos de los republicanos, no sólo subsisten todos los lazos que subordinaban España al capitalismo mundial, sino que esta subordinación se ha aumentado. La República no pudo tampoco alterar en lo más mínimo la estructura interna del país. Nada más natural, pues, que persistiendo el mismo estado de hechos sigan manifestándose todas sus consecuencias. Nuestra burguesía seguirá siendo, en cuanto exista, de las más reaccionarias de Europa.

En realidad la República no venía a cambiar nada, sino a conservar el mismo estado de cosas. Los elementos más conscientes del movimiento republicano, los que de hecho ejercían la dirección, iban guiados por la idea de conservar el mismo orden cambiando la fachada. Las ilusiones que pudieran hacerse los elementos más radicales no entrañaban peligro alguno, antes al contrario, eran convenientes como medio de atracción. Pero es natural que los elementos más perspicaces del campo republicano tuviesen que luchar con la hostilidad de su propia clase, a quien los peligros del cambio no podía por menos de producirle vértigo. La actividad de Maura y Alcalá Zamora, lo mismo antes que después del cambio de régimen, ha sido un continuo llamamiento a su clase para que se convenciese de que el cambio era necesario; y a pesar de los éxitos notables que han obtenido, la burguesía no volverá a tranquilizarse hasta que se vea amparada por un régimen de fuerza.

La Monarquía había llegado a una situación insostenible. Desde el advenimiento de la Dictadura de Primo de Rivera era evidente que Monarquía y Dictadura debían caer juntas. Los esfuerzos que la Monarquía hizo a última hora para no ser arrastrada con la Dictadura no podían tener éxito. Las responsabilidades les alcanzaban por igual. La inmensa mayoría de España sentía el problema planteado como un problema constitucional. La burguesía, a su vez, tenía un interés especial en no sacar las cosas de este plano. Si puso en primer término el problema de las responsabilidades ya sabemos que no era con el propósito de exigir las, sino para que la revolución no rebasase unos límites estrictamente políticos. La Monarquía no podía recurrir en aquel momento ni a un régimen de fuerza (acababa de caer la Dictadura completamente falta de base) ni tenía en sí misma solución democrática. La solución más conservadora era, por consiguiente,

cargar todas las culpas sobre un régimen que no tenía remedio y procurar atenuar en lo posible las consecuencias de su caída. Esta misión le correspondió a la conjunción republicano-socialista. A un movimiento conscientemente dirigido le correspondía el no dejarse engañar.

No cabía llamarse a engaño sobre la significación de la conjunción republicano-socialista. Además de que en toda su actuación anterior al cambio de régimen desplegó una actividad contrarrevolucionaria consecuente, la conjunción como fenómeno histórico no era nada nuevo. En todos los países se han producido esas coaliciones políticas que tienden a borrar la lucha de clases so pretexto de que la revolución interesa a varias clases. Esa maniobra tan conocida no es más que un recurso hábil de que se vale la burguesía para poner todo el movimiento revolucionario bajo su dirección. El movimiento obrero demuestra poseer una dirección lamentable cuando se deja caer en el cebo, porque si bien es cierto que la revolución le interesa a varias clases, no hay que olvidar que le interesa con fines opuestos. A la burguesía lo que más le importa hoy es una situación revolucionaria, y lo que determina sus maniobras, es el temor a ser envuelta por el proletariado; al proletariado le interesa la revolución como ocasión para imponerse a la burguesía para sojuzgarla y suprimir su dominación de clase.

A la distancia de unos meses parece increíble que la clase obrera se dejase alucinar por la conjunción republicano-socialista. Toda la debilidad, cuando no la complicidad consciente, de los dirigentes de la clase obrera revolucionaria se pone de manifiesto con este motivo. A pesar de la ambigüedad en las palabras, de la abundancia de promesas de algunos de sus componentes, los hombres más autorizados de la conjunción no se recataban de hacer las declaraciones más alarmantes para la clase obrera. Si no bastase el hecho de que, aun exigiéndolo la situación, la conjunción, la conjunción republicano-socialista rehuía todos los días el combate, las declaraciones de ciertos “conjungados” eminentes no debieran dejar la menor duda sobre la política que habían de realizar los partidos coaligados. El día 9 de abril, Manuel Azaña hace las siguientes declaraciones especiales para “Solidaridad Obrera”: “La participación de los obreros tal como está pactada no basta para desviar la revolución política mudándola en revolución social. Y últimamente el que llaman peligro comunista no es motivo para resignarse con el régimen actual y dejarlo subsistir.”

¿Es que, bien interpretadas, pueden tener dos sentidos las anteriores palabras? No; sin embargo, es evidente que los dirigentes de la CNT se aprovechaban del sentido que tenían para las masas revolucionarias influidas por el anarquismo. La aversión hacia el comunismo, que tanto se esfuerzan en mantener los dirigentes de la confederación, era en este caso una fuente de engaños para los obreros mismos. Los obreros revolucionarios que están contra el comunismo lo repudian como tendencia del movimiento obrero. Pero cuando la burguesía habla de “peligro comunista” no se refiere a una lucha de tendencias, que generalmente no comprende ni distingue, sino a la clase obrera en conjunto, al peligro de una revolución social.

Dadas las circunstancias que concurrían en nuestro movimiento obrero, la burguesía no encontró grandes dificultades para unificar todo el campo revolucionario en torno a la conjunción. El abismo que se abría delante de la burguesía vino a cerrarlo la conjunción republicano-socialista. La posición vacilante de la burguesía española, sus temores, se veían muy bien en la gama que formaban los diversos partidos políticos. La posición más tímida, la de Cambó, por ejemplo, consistía en hacer un ensayo democrático dentro de lo que pudiese dar de sí la Monarquía. Cambó decía abiertamente que la burguesía no podía permitirse el lujo de hacer una revolución. Sólo en este sentido era monárquico. Para él no se trataba de que la Monarquía fuese “consustancial” con el país,

como sostenían ciertos sectores más reaccionarios, sino concretamente de los peligros que entrañaba la revolución.

Entre la burguesía monárquico-democrática y la abiertamente republicana estaba todavía el grupo de los constitucionalistas. Estos querían ser el puente entre la Monarquía y la República: evitar la revolución por medio de unas elecciones que decidiesen la cuestión de régimen. Su posición era menos hábil y menos audaz que la de los republicanos de derecha. Su único deseo, que era evitar la revolución, podía interpretarse y hasta podía transformarse en muchos de ellos en un deseo de salvar la Monarquía. Lo mismo que pretendían los constitucionalistas, lo consiguieron los republicanos de derecha presentándose como revolucionarios, organizando el campo republicano y monopolizando su dirección. Aunque dispuestos a llegar, si era necesario, a un golpe de fuerza, procuraban por todos los medios evitarlo. Y a fuerza de rehuir el combate en una situación que había llegado a una tirantez insostenible, un hecho pequeño, unas simples elecciones municipales, les trajeron la Monarquía a las manos.

La burguesía, sin perder sus temores, iba abandonando la Monarquía a medida que la conjunción iba suprimiendo las distancias entre la monarquía y la revolución. Últimamente, el acercamiento de los dos campos era tan completo que en vista del resultado de las elecciones municipales del 12 de abril los políticos burgueses, que defendían su clase desde las trincheras monárquicas, comprendieron que era inútil y nociva toda resistencia. Si la República se instauró en España casi por unanimidad se debió a que la burguesía vio de pronto la posibilidad de efectuar el traslado casi pérdidas. La manera pacífica y original por la cual se efectuó en España el cambio de régimen es la prueba del carácter profundamente reaccionario del cambio. Quien se había salvado en realidad era la monarquía. Ni los intereses que albergaba el régimen caído ni sus hombres más representativos sufrieron mayor contratiempo. Toda la monarquía se hizo republicana para salvarse. Hasta el rey se portó en cierto modo como un simpatizante. Por lo demás, si el cambio de régimen, tal como llegó a realizarse, fue la consecuencia natural del sesgo profundamente reaccionario que había tomado la revolución, en la originalidad del cambio encontró la burguesía una ocasión excelente para acentuar hasta el colmo el carácter reaccionario de la República. El hecho de que se hubiese instaurado la República sin violencia y a consecuencia de unas elecciones, provocó en el país la mayor borrachera democrática que se registra en la historia. Una revolución que ha sido pacífica porque no fue revolución, sino la maniobra más perfecta que ha podido hacer la burguesía en presencia de una situación revolucionaria, tuvo en la clase obrera la repercusión más lamentable. La dirección socialista y anarquista de nuestro movimiento obrero, que había entregado toda la revolución a la burguesía, aumenta sus faltas al efectuarse el cambio de régimen. Si socialistas y anarquistas, por causas distintas, desde luego, habían privado al proletariado de toda acción de clase, se dedicaron luego a presentar como un triunfo lo que no era más que el resultado de sus faltas. Los hombres más destacados del movimiento obrero revolucionario se dejaron impresionar por el cambio y actuaron como el eco de la burguesía entre los obreros. Al proclamarse la República, la clase obrera no recibe más que veneno por todas partes. “De un salto y con una rapidez asombrosa [dice “Solidaridad Obrera” el 16 de abril] España se pone a la cabeza de Europa y quizá del mundo.” Era necesaria toda la vulgaridad del anarquismo para interpretar la situación de esta manera.

Naturalmente que tan pronto como empezaron a disiparse las primeras ilusiones y la revolución empezó a delimitarse con arreglo a líneas de clase, apareció claro el verdadero sentido de la República. El nuevo régimen no era de los más avanzados, sino tan reaccionario como pudiera serlo la Monarquía. Las libertades que, como veranillo de

San Martín, se concedieron en los primeros momentos, están desapareciendo a pasos agigantados. ¡Qué sentido grotesco tienen hoy ciertas palabras de "Solidaridad" Obrera"!

"Nosotros tenemos una actitud llena de expectación y de esperanza. Aunque parezca lo contrario, la perspectiva política del momento representa para los obreros una buena promesa." (S. O., 17 de abril.)

"Estamos persuadidos de que el golpe que acaba de herir a la reacción española hundirá en los abismos de la muerte al fascismo de Europa y América." (S. O. 18 de abril.)

Los dirigentes de la CNT le daban a los obreros una interpretación al revés de la revolución española. La única que no había sido herida en España era la reacción. Los elementos monárquicos apenas sufrieron sanciones de la República. En cambio, la clase obrera, en cuanto empezó a manifestarse como tal, ha sido objeto de la represión más salvaje. El día Primero de Mayo, quince días después de proclamarse la República, empezó la represión. En Barcelona y en Bilbao, la fuerza pública disparó contra los obreros. Desde aquella fecha, la represión ha ido acentuándose. En nombre de la democracia y de los comités paritarios, las huelgas son cínicamente saboteadas por el poder. La libertad de asociación y de reunión está cada vez más coartada. La clase obrera casi no ha conseguido nada del nuevo régimen. Y la reacción no ha perdido ni una de sus posiciones. Pero hay que tener en cuenta que la República a nadie ha traicionado. Por la estructura que ha tomado el movimiento republicano desde que empezó a manifestarse, era evidente que el nuevo régimen significaría un triunfo completo de la reacción.

La prisa que se dio el Gobierno Provisional de la República para convocar las Cortes Constituyentes respondía a la necesidad de aprovechar del prestigio de que gozaba la conjunción republicano-socialista. La aureola de gloria creada en torno a la conjunción le aseguraba el monopolio de las Constituyentes. En el interés de la burguesía estaba el que la República fuese confeccionada a la medida de la conjunción republicano-socialista. La ley electoral estaba hecha para la conjunción. Como sabemos, se reformó la antigua ley electoral, estableciendo la elección por circunscripciones provinciales, a razón de un diputado por cada cincuenta mil habitantes, englobando las candidaturas de modo que el elector pudiese votar un número de candidatos proporcional al número de diputados a que tenía derecho la circunscripción. De este modo, el triunfo de la conjunción tenía que ser soberano. El que tenía interés en votar a uno de sus componentes, generalmente votaba íntegra la candidatura de la conjunción. Ampliando el radio de la circunscripción y facultando al elector para votar varios candidatos, la conjunción ponía todos los tantos a su favor. Gracias a la ley electoral, bastaba que en un lugar gozase de fuerza uno solo de sus componentes para que se beneficiase de ello toda la conjunción. La ley electoral, además, dejaba a las minorías completamente a merced de la mayoría. Si un candidato obtenía el 20 por 100 de la votación total, tenía que someterse a una segunda vuelta, en la que podía participar de nuevo toda la masa de electores, con lo cual se le daba el triunfo a quien indicase el grupo que había triunfado en la primera vez. Con esta ley electoral, ninguna minoría que significase una oposición seria tenía la menor posibilidad de pisar las Constituyentes. Para triunfar por las minorías era necesario contar con el apoyo de los que hubiesen triunfado en la primera elección. Las cosas se habían organizado de tal forma que todos los grupos desligados de la conjunción apenas podían influir en la marcha de las Cortes. Así, pues, la República seguía afirmándose en un sentido reaccionario. No olvidemos que cuanto mayor fuese el triunfo de la conjunción, mayor sería el triunfo de la reacción.

Lo que distingue a la conjunción republicano-socialista es la completa subordinación del ala izquierda al ala derecha. De ahí que sea una organización tan engañosa. Cuando se celebraron las elecciones, las masas trabajadoras y la clase media

de nuestro país estaban radicalizadas. En el interior de la conjunción se refleja este fenómeno creciendo el ala izquierda y, sobre todo, el partido socialista, que pasa a ser el grupo más numeroso. Pero ya en las Cortes se pone en movimiento todo el mecanismo interno de la conjunción, y entonces vemos que quien manda allí es el ala derecha. En las Cortes se empieza a representar la farsa más indigna. Los proyectos eran casi de ultraizquierda. En el curso de las disposiciones se les iba mutilando. Pero si a última hora quedaba en pie algo que la derecha considerase peligroso, entonces intervenía el señor Alcalá Zamora y acababa de hacer la limpieza. Estos resultados no podían justificarse por la composición, pues los elementos de izquierda estaban en mayoría; pero se justificaban por la manera de estar articuladas las Cortes. Los de la izquierda decían: como este gobierno es un conglomerado de tendencias, hay que ceder, se imponen las fórmulas de transacción. En nombre de las fórmulas de concordia observamos que, a pesar de haber en las Cortes una mayoría de izquierda, estas izquierdas son políticamente impotentes. Se da el caso grotesco de que las famosas izquierdas no son tan siquiera capaces de imponer su criterio ni aun en aquellos problemas en que estaba especializado el izquierdismo español, como pueden ser el problema religioso o el de las responsabilidades, que constituían el centro de la agitación republicana.

¿A qué quedó reducida la tan cacareada cuestión de las responsabilidades? En primer lugar, se les dio a todos los responsables un largo plazo de tiempo y hasta otras facilidades para que pudiesen ponerse a salvo. Pero, además, no había manera de retener en la cárcel a los que fueron detenidos como responsables. Hoy eran los hermanillos Berenguer quienes pedían permiso para salir a ver a su mamá, que estaba enferma. Mañana era el general Mola, que tenía a su mujer con los dolores del parto. Otro día era el general Ardanaz quien pedía que se le dejase salir para ir al dentista. Y así por el estilo. La cuestión religiosa, a su vez, también fue escamoteada. La solución que se le dio tanto a la cuestión religiosa como al problema de las responsabilidades parece una burla. Se acordó incautarse de los bienes de una orden (los jesuitas) que nadie ignora que no tiene los bienes a su nombre. No se suprimió de momento el presupuesto de culto y clero. Se acordó “en principio” prohibir la enseñanza a las órdenes religiosas; pero la falta de maestros le servirá de pretexto al estado para darle largas al asunto. De un examen detallado de estos hechos deducía Maura que la campaña revisionista que ha emprendido un sector de las derechas carece en absoluto de justificación. Las derechas han triunfado en toda la línea. Del proyecto de reforma agraria, otro problema fundamental, baste decir que no alcanza más que a Andalucía, Extremadura, Toledo y Ciudad Real, como si el problema de las relaciones feudales en el campo no alcanzase a toda la nación bajo formas distintas¹. La absurda legislación que grava la tierra en otras regiones de España constituye un hecho tan anacrónico como el latifundio. Pero, además, tal como está concebido el proyecto, el latifundio subsiste y los terrenos expropiados serán siempre los peores.

Los elementos de izquierda de la conjunción no son más que los instrumentos de que dispone la derecha para utilizarlos en beneficio propio. Para eso fue creada la conjunción republicano-socialista. De no haber llenado esta función, las derechas la hubiesen disuelto. El papel de la izquierda en la conjunción era absorber la opinión revolucionaria del país y ponerla en manos de las derechas. La experiencia ha demostrado que si la conjunción no hubiese de llenar este papel, las derechas estaban dispuestas a romper el pacto. En todos los momentos difíciles, la conjunción corría el peligro de romperse. Si cuando se discutió la cuestión religiosa, por ejemplo, los socialistas hubiesen

¹ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: el “Proyecto de tesis agraria” en “II Conferencia de la Oposición Comunista de España”; “Comentarios al proyecto de ley de reforma agraria”; “Fuerzas democráticas y fuerzas socialistas en el campo”; “Crítica de la reforma agraria”.

defendido el punto de vista del proyecto de Constitución, su criterio triunfaría en las Cortes, y todas las derechas, incluyendo los radicales, Maura y Alcalá Zamora, habrían emprendido una lucha abierta contra la Constitución y contra las Cortes. Del papel engañoso que representaban los elementos de izquierda se desprendería la necesidad de obligar a los socialistas a formar un gobierno homogéneo. Esta consigna, dada por nosotros, fue pésimamente comprendida incluso por los mismos comunistas. El Bloque Obrero y Campesino la calificaba de reaccionaria. Queriendo adoptar una posición revolucionaria, el bloque daba una consigna que parece un chiste: se pronunciaba por un gobierno de Pestaña- Vallina-Peiró.

Gracias al papel subordinado que representaban las izquierdas en las Cortes, éstas no podían tener una vida muy larga. Las Constituyentes tenían que ser unas Cortes de transición. Una intervención activa de las masas que pusiese a las izquierdas en el trance de aceptar la responsabilidad de su izquierdismo o desenmascarse, haría saltar las Constituyentes, atacadas por los dos flancos; a la reacción ya no le servirían para nada las Cortes, y el campo revolucionario, aunque las izquierdas se radicalizasen lo más posible, no iba a defenderlas, sino que tendría que rebasarlas. Pero a pesar de la fuerza que tiene la lucha de clases en estos momentos, la clase obrera sigue manifestándose de la forma más confusa. La consecuencia es que no ha logrado arrancarle a la burguesía ninguna de las posiciones que alcanzó en el cambio de régimen, antes al contrario, en lo que va de régimen republicano, la burguesía ya se ha consolidado. En todos los fenómenos políticos que se han presentado en el curso de estos meses, la burguesía no hizo más que efectuar progresos. El cambio de gobierno, por ejemplo, ha sido un paso adelante en sentido reaccionario². Utilizando una vez más el mecanismo de las Constituyentes, la reacción se cubrió con un gobierno izquierdista para dar un paso a la derecha. El gobierno de Azaña inauguró sus actividades haciendo que las Cortes le aprobasen una ley de Defensa de la República que Maura no había podido conseguir. El peso de esa ley recae íntegramente sobre la clase obrera.

Los progresos que ha efectuado la burguesía se manifiestan en el hecho que hoy se atreve a desenmascarse. La misma burguesía, que tanta prisa se dio al principio para rodearse de socialismo y radicalismo siente ahora la necesidad de desprenderse del personal subalterno. Y es-natural que éste se resista a abandonar sus posiciones privilegiadas proponiendo gobiernos de coalición. Y, desde luego, en cuanto existan estas Cortes, la reacción gobernará con gobiernos de coalición. El corto plazo de vida que le está reservado a las Constituyentes son las últimas concesiones que la burguesía hace a sus ayudantes.

La liquidación política de las izquierdas, de la que podemos hablar como si fuese un hecho consumado, no se ha efectuado por ofensiva revolucionaria de la clase obrera, sino que es la burguesía quien se desprende de este instrumento después de haberlo utilizado íntegramente. La burguesía ha dado, pues, un paso adelante, y si la situación se lo exige, puede volver a utilizar con éxito el radicalismo burgués, porque no ha nacido una fuerza revolucionaria que lo sustituya, porque no ha sido liquidado revolucionariamente. La liquidación revolucionaria de la izquierda burguesa y el socialismo hay que hacerla ahora, aprovechando su decadencia política, o dejándole tomar la delantera, no dejándole engañar a los obreros al ensayar su radicalismo demagógico de oposición. El comunismo, del que puede decirse que todavía no ha figurado, no ha sabido figurar, en la revolución, tiene que reconquistar el tiempo perdido mediante una amplia política de unificación de la clase obrera. En la nueva forma que ha tomado la lucha de clases, sin engaños ni cortinas que la disimulen, la unidad del

² Referencia a la dimisión del presidente del gobierno, Alcalá Zamora, y del ministro de la gobernación, Miguel Maura.

movimiento obrero, la concurrencia de todos los obreros en un punto donde no se rechace ninguna tendencia, será la base firme desde donde ha de apoyarse la ofensiva contra la reacción y la única base que puede aportar a la clase obrera una buena dirección revolucionaria, midiéndose unas tendencias con otras e imponiéndose las que tengan razón de existir. Ya que el neocomunismo burocrático se las arregló como pudo para convertir los sóviets en un fetiche que las masas sienten como inaccesible, los comités de fábrica, sin que puedan llenar la función que llenaron en Rusia los sóviets, deben, no obstante, ser el lugar de frente único de los trabajadores.

L. Fersen

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Años 30: Materiales de la Oposición Comunista de España, de la Izquierda Comunista Española y de la Sección B-L de España

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es